

## RUIDO Y PAISAJE

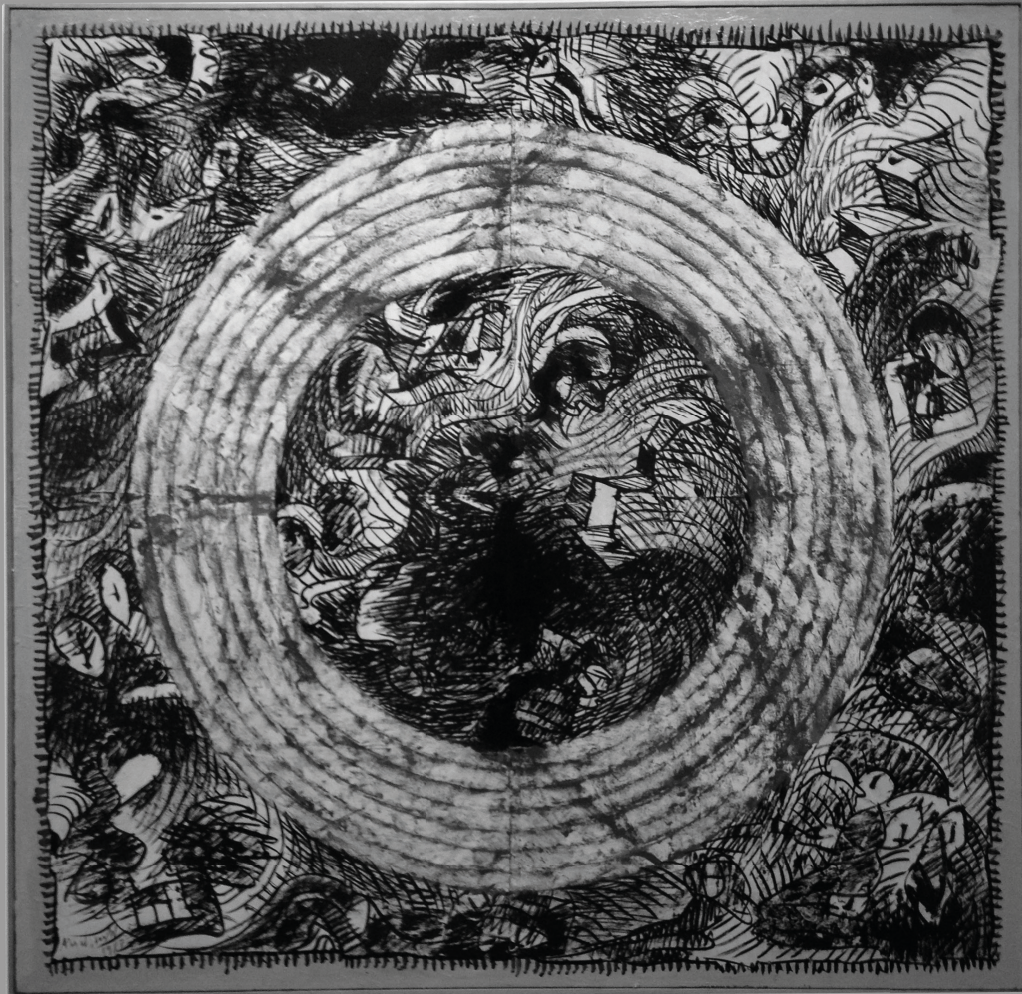
Ensayo breve sobre Pierre Alechinsky

Por Eduardo Fernández

#Surrealismo #Vanguardias #Aleph #Borges #Inmortalidad #Abstracción  
#Pierre\_Alechinsky #Pintura #Escritura #Otriedad #Sueños

Cada vez que parto de las vanguardias históricas del siglo XX para escribir, me doy cuenta de lo difícil que es hacer una arqueología de estos movimientos sin sentir la necesidad constante de ningunearlos, como mirando a los académicos que postularon estas tesis diciéndoles: “¿Lo puedo romper ya o hace falta?”. Míralas, tan bien definidas en sus respectivos marcos, encajadas como un puzzle predecible... y sin embargo, que justo es calificar de *obsoleta* la medida de intentar articular hoy una re-lectura de estos géneros del siglo XX con el fin de actualizarlos, cambiarlos o directamente hacerlos pedazos. Es una tarea innecesaria porque ya hay gente que se dedica todos los días a destruir el pasado, simplemente ignorándolo como una manera de futurizar. La falta de innovación y la desmemoria son las pautas determinantes de la condición postmoderna tal cual fue definida hace décadas. ¿Llegaremos a superar estas consignas?

Pierre Alechinsky fue una de las figuras centrales del Informalismo europeo, un movimiento que surge para englobar todas las tendencias abstractas europeas paralelamente al expresionismo abstracto americano. Alechinsky cuenta con influencias del arte oriental en sus grabados y cuadros; su forma de componer recuerda a la caligrafía asiática, también lo rupestre y primiti-



» “Années et anneaux” [Años e aneis], de Pierre Alechinsky, 1987, Tinta china, estampación e orla acrílica encolada sobre tea.

vo, incluso lo infantil y *naïf*. El poder gestual del trazo adquiere otra dimensión, también influenciado por el *experimentalismo* y en mayor medida por el *automatismo*. Dicen que Kandinsky estaba sentado un día en su estudio, y mientras miraba una de sus paletas de colores apoyada en una esquina se dio cuenta de que era eso lo que quería pintar. Así nació la abstracción. En la tesis fundamental de la abstracción, muchos han querido ver un test de *Rorschach* como los que se usan en el psicoanálisis donde el significado está supeditado a la interpretación subjetiva y la consecuente lógica de las sensaciones. Así fueron exploradas en el maravilloso ensayo sobre Francis Bacon de Deleuze las pulsiones del pintor componiendo un lienzo. Pero evitemos caer en la trampa del relativismo absoluto, donde dependeríamos de las micro-sustancias individuales que formamos cada uno de nosotros para entender los fenómenos, ¿Cómo podríamos entonces vivir en un sistema tan dependiente de la totalidad de la población, con sistemas electorales, corporaciones, asociaciones... sabiendo que día tras día la mayoría es el criterio a seguir? Es más sencillo que eso. El arte escapa a la voluntad de las masas. Su mensaje no puede trascender más allá de un sueño colectivo de sí mismo. ¿Veríamos algún día a las masas de personas en los estadios, en los conciertos y en los eventos públicos manifestando ideas complejas, más allá del éxtasis de las emociones primarias? Es al revés: el arte abstracto colectiviza las pulsiones y sensaciones individuales y los pone a la vista. La ilusión de comunicar al aparato *social* una información se pone en entredicho cuando los artistas no funcionan como un espejo que representa de forma figurativa la realidad; hay que apartarse del espejo e imaginar lo que sigue reflejándose ahí cuando no hay nadie mirando. Perdonad, creo que acabamos de tropezar con el surrealismo.

Alechinsky incorpora, de hecho, ciertos elementos del surrealismo, que serían las imágenes de bestias y criaturas antropomórficas que habitan de forma sobrenatural los bordes y los diferentes espacios de sus cuadros. El poder evocador de estas imágenes está por encima de la diferencia *abstracción/figuración*. Por eso me parece más acertado describir a Alechinsky como un pintor irónico envuelto en un frenesí de ruido y paisaje, partiendo de la fuerza del collage y sin ser demasiado estricto con las reglas de las vanguardias; ciertamente las descoloca, juega con ellas y no las sigue al pie de la letra. Saltémonos las normas, colémonos en la fila delante de todos los que están esperando para entrar, tal y como Alechinsky dibuja. Dentro del *Art Brut* o *Art Outsider* lo que importa es no seguir las normas. Dentro del *Postpunk* -donde se permite el apropiacionismo de los medios que se quieren destruir- se invierten los valores como una *sweet vendetta*. Dentro del *Trash*, se parodia la

cultura de masas provocando lo grotesco y bizarro; dentro del *Postmodernismo*, se absorbe y se interioriza la fractura y la contradicción. En definitiva, para crear un lenguaje propio y articular una morfosintaxis –jaja, ¡¿de qué voy ahora, de lingüista?!- hay que dominar la heteroglosia, es decir, la capacidad de articular diferentes registros dentro de un código lingüístico, con el objetivo de desmontar convencionalismos y correr, con los pies descalzos, los callejones llenos de cristales rotos del paradigma moderno.

En la literatura de Borges hay una reivindicación de la simplicidad y las cosas pequeñas, que pueden ocultar bajo su superficie la belleza del infinito. Creo que me acabo de cargar *El Aleph*. Borges me recuerda a muchos intelectuales y artistas actuales: puliendo el relato hasta convertirlo en una forma suprematista que representa toda una serie de circunstancias mágicas que complementan una realidad insuficiente. Esta descripción es tan pretenciosa que podría abarcar desde los perfectos tuits de un internauta de 140 caracteres, hasta Kubrick totalmente obsesionado con detalles sin importancia volviendo locos a sus actores. Por mi propia experiencia, la inhabilidad para distinguir lo prescindible de lo absolutamente necesario es una condición indispensable para ser creativo.

Hace poco leí lo último de Milán Kundera *La fiesta de la insignificancia*, un elogio a la insustancialidad, a recuperar lo banal y darle una oportunidad a lo cotidiano. Personalmente desaconsejo hacer apología pública de lo trivial, a no ser que uno sea capaz de afrontar las consecuencias. Lo circunstancial siempre ha sido el enemigo de lo capital, y no lo común como se ha malinterpretado. Es lo anecdótico, lo trivial, lo que constituye una ruptura de esquemas. Devolvámosle la importancia a lo que no lo tiene y nos encontraremos, de pronto, en una nueva etapa de la más inocua intrascendencia. Yo creo que esto está muy bien porque vivimos en una época de imaginación severamente limitada, y nada más terrible que una combinación de falta de ideas propias y ambición. Todos hemos percibido la tendencia a señalar los recortes en educación como una puerta abierta a un futuro muy peligroso. Me temo que ya es momento de sentir la hedionda amenaza de mis peregrinas conclusiones: la falta de una educación propiciará una falta de interés por los detalles, por estudiar más las cosas y por conocer. Aun así soy optimista y creo que una sola persona puede conocer la totalidad de las cosas. Y puede intelectualizar todas las pasiones. Las pasiones son muy divertidas. Y lo divertido siempre es verdad. La verdad no es dura, la verdad no es cruel, la verdad no es revolucionaria ni te hará libre: la verdad es divertida. Si la verdad no hace reír, mejor la mentira.

Me gustaría que a estas alturas ya tuviésemos un nivel de confianza lo suficientemente firme para poder dejarme ver como soy sin que haya consecuencias. Como no va a ser posible, vamos a hacer esto despacio. Como cuando se baila. Cuando se baila nunca se empieza demasiado fuerte, hay que ir poco a poco, dando vueltas, midiendo distancias, siempre viendo el centro y el punto al que quieres llegar, nunca sin ir demasiado a tope, es igual que cuando te ponen un café hirviendo y le empiezas a dar vueltas para que se enfríe. Para llegar al centro, se empieza por la periferia.

Las teorías de la “*Otredad*” utilizadas en el psicoanálisis y la filosofía modernas postulan que para construir nuestra identidad tenemos que negar las *Otras*. Tal y como es entendido el término a lo largo de los últimos dos siglos, desde Hegel hasta Beauvoir, el *Otro* es una idea que surge como el resultado de la alienación que provoca nuestra identidad. Como esa gente que viaja a otro país por primera vez y pasa todo el tiempo comparando cosas en un intento desesperado por sintetizar la experiencia, y neutralizar la alienación a la que parecía haber estado sometido, ¡qué manera tan sutil de tachar a alguien de provinciano!. ¿Será la visión que tenemos de los demás una negación de nuestra propia condición? Visto así, nunca pensar en los demás fue al mismo tiempo ser tan egoísta, porque entonces solo se trataba de buscar la ausencia del *Yo* en el resto. En cierta medida, esto es lo que hace Alechinsky cuando configura el espacio de sus lienzos con un entramado de tachones, de rayas, de ruido visual que parecen conducir al más oscuro rincón del significado. El pincel está guiado por la ausencia de un contenido, y la pintura es un elemento que permite exponer toda una carestía, toda una omnipresencia de las cosas que no son de “*este mundo*”. El expresionismo abstracto es una pantalla en la que poder observar todas las privaciones del sujeto. ¿Hacia donde podría avanzar la pintura si no? Fuera de los designios del realismo, de la figuración y de las vanguardias, avanzó, como todo el arte postmoderno, hacia dentro.

También hay un componente cinematográfico en las obras de Alechinsky. La viñeta, que recuerda al friso decorativo, está presente a modo de marco en sus dibujos. Eisenstein, el cineasta ruso que “inventó” el montaje moderno, se inspiraba en la pintura clásica —el Greco entre otros— para componer sus películas, anticipando la visión de celuloide que muchos pintores tenían sobre sus obras. Alechinsky construye en algunos de sus grabados, una secuencialidad que nos retrotrae al celuloide. La mecánica y el movimiento, la pausa y el ritmo son elementos imprescindibles para poder comprender el expresionismo abstracto. Pero todavía hay más, la organicidad del trazo de Alechinsky



» “Page d’Atlas Universal” [Páxina dun Atlas Universal], de Pierre Alechinsky. 1984, tinta sobre lámina escolar do século XIX.

solo se puede comparar a películas como *Alien* o el cine de monstruos y terror, casquería y viscosidad. Redescubrir la materia y el cuerpo humano, el tacto y las sensaciones físicas. Enfrentarse a lo *otro* como un trauma similar al del primer beso y descubrir que los demás también están hechos de carne, aromas, pelo, fluido y sabor. Freud escribió que afortunadamente aprendemos a reprimir nuestro olfato en los primeros años de vida, de lo contrario sería imposible la vida tal y como es concebida.

Otro de mis favoritos de Borges es *El inmortal*. El protagonista, con el don de la vida eterna, se dedica a vagar por la tierra sin dirección alguna, porque alguien que vive para siempre está condenado a repetir y a volver a encontrarse una y otra vez con lo mismo. Pero la mejor aproximación que hay a las paradojas de la vida eterna son las que planteaba la genial *Entrevista con el vampiro*. En la película, Louis de Pointe —Brad Pitt— termina por invertir su inmortalidad en la contemplación de las artes, llegando incluso a querer escribir un libro. Podríamos decir que su conclusión es el anhelo por seguir viviendo,

que es al mismo tiempo el de toda una era, sinfonía de autodestrucción con la que decorar nuestra decadencia. Un ser sentenciado para siempre a vivir en el anacronismo, dedicando su inmortalidad a estudiar la humanidad de los mortales, que tanto envidiaban los dioses, los ángeles y las criaturas sobrenaturales en el arte clásico. El arte, el cine, el teatro, la literatura... como herramientas para vencer a la adversidad y la muerte, y seguir recordando lo que es estar vivo. Un ser inmortal hoy probablemente nos compadecería por el terrorismo intelectual en el que hemos convertido a la inteligencia separada de las sensaciones. Una certeza que ha surgido en el corazón de los hombres y las mujeres casualmente desde hace unos dos siglos, coincidiendo con el surgimiento de las libertades individuales y las filosofías de la emancipación social. *Condenados a ser libres* como escribirían los deprimidos existencialistas o filósofos protestantes del medievo. Pero solo una inteligencia infinita tendría posibilidad de entender algo de este tamaño; quizás ese océano de sabiduría que encuentran en el espacio los astronautas soviéticos en la monumental *Solaris* de Tarkovski podría estar cerca de lo que planteo aquí. Una estrella gigante con puro conocimiento concentrado. Dicen que el brillo del sol puede contener mensajes y que las estrellas son seres vivos. También Scarlett Johansson en la vulgar *Lucy* de Luc Besson, que tras consumir una droga que libera todo el potencial del cerebro humano, se desmaterializa para pasar a ser pura energía en una experiencia psicotrópica de delirio posthippie. No sé si eso tiene algún sentido fuera del cine comercial para público con el cerebro achicharrado por años de consumir publicidad, sufrir el trabajo precario y fantasear con una vida próspera de karma Carrefour.

Si pudiésemos *hackear* la mente del cuerpo y librarla de sus limitaciones físicas, además de entender que la inteligencia es inmortal e infinita, descubriríamos lo que ya sabían los surrealistas cuando empezaron a interesarse por la psicología a principios del siglo pasado. Nada es más real que el mundo de los sueños. Me hablaron de un experimento que realizaron con ratones de laboratorio a las cuales extrajeron corteza cerebral –lo siento amantes de los animales- para luego activar esos tejidos con impulsos eléctricos. En cuanto esas células neuronales comenzaron a crearse vivas, entraron en fase de sueño. Al no haber un cuerpo que administrar, sólo les quedaba la eternidad del mundo onírico. Esto es lo más parecido a la inmortalidad. Sucede algo similar con la escritura automática. Todo acto creativo que se reduzca a la fenomenología del proceso, tiene la legitimidad de emanar de un inconsciente que se cree liberado de barreras físicas. Como cuándo acabas de conocer a una persona, y poco a poco empiezas a actuar de forma estúpida y provocativa, ¿sabes a que me refiero? ese momento en el que ya no te importa hacer

el ridículo porque sabes que no te lo van a tener en cuenta y tienes plena confianza en el *otro*. Creo que hemos llegado a ese momento en el que sabemos que la voz que escuchas mientras lees esto es una interpretación simbólica de tu propio universo interno. Si esa voz desapareciese, explotarías rollo big bang de fuegos artificiales y colores cósmicos, igual que el poema de un novato cargado de energía sexual frustrada.

La obra de Pierre Alechinsky es honesta. Cargada con genuina ironía de alguien que no se toma las cosas demasiado en serio. Son esos dibujitos que hacías en las carpetas y libros del colegio cuando te aburrías. Y ahora, como conclusión para este artículo, yo creo que deberías dedicar el resto de lo que queda del día a la búsqueda de los pequeños placeres, por obscenos que puedan ser, y entregarte en secreto al hedonismo más chabacano. Todos los días son un buen día para traicionar temporalmente nuestros frágiles principios por los propósitos más ordinarios, y dejarnos cautivar por el fuego químico y esplendoroso de la frivolidad.